



LECTIO DIVINA

V semana de cuaresma
Del 17 al 23 de marzo de 2024



**«Si el grano de trigo no muere en la tierra
es imposible que nazca fruto»**

Oración introductoria

Señor Jesús, te agradezco por este maravilloso día y, en especial, por este momento de intimidad. Ayúdame, Jesús, a encontrarme contigo y salir a irradiar, con mi ejemplo de vida, lo que Tú me quieras decir.

Petición

Señor, quiero ser ese grano que muere a sí mismo para producir mucho fruto.

Lectura del libro de Jeremías (Jer. 31, 31-34)

Ya llegan días - oráculo del Señor -en que haré con la casa de Israel y la casa de Judá una alianza nueva. No será una alianza como la que hice con sus padres, cuando los tomé de la mano para sacarlos de Egipto: pues quebrantaron mi alianza, aunque yo era su Señor-oráculo del Señor -. Esta será la alianza que haré con ellos después de aquellos días -oráculo del Señor-: Pondré mi ley en su interior y la escribiré en sus corazones; yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Ya no tendrá que enseñarse unos a otros diciendo: «Conoced al Señor», pues todos me conocerán, desde el más pequeño al mayor -oráculo del Señor-, cuando perdone su culpa y no recuerde ya sus pecados.

Salmo (Sal 50, 3-4.12-13. 14-15)

Oh Dios, crea en mí un corazón puro.

Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa; lava del todo mi delito, limpia mi pecado. R.

Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme. No me arrojes lejos de tu rostro, no me quites tu santo espíritu. R.

Devuélveme la alegría de tu salvación, afiánzame con espíritu generoso. Enseñaré a los malvados tus caminos, los pecadores volverán a ti. R.

Lectura de la carta a los Hebreos (Heb. 5, 7-9)

Cristo, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, siendo escuchado por su piedad filial. Y, aun siendo Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se convirtió, para todos los que lo obedecen, en autor de salvación eterna.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn. 12,20-33)

En aquel tiempo, entre los que habían venido a celebrar la fiesta había algunos griegos; éstos, acercándose a Felipe, el de Betsaida de Galilea, le rogaban: «Señor, queremos ver a Jesús». Felipe fue a decírselo a Andrés; y Andrés y Felipe fueron a decírselo a Jesús. Jesús les contestó: «Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre. En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. El que se

ama a sí mismo se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna. El que quiera servirme, que me siga, y donde esté yo, allí también estará mi servidor; a quien me sirva, el Padre lo honrará. Ahora mi alma está agitada, y ¿qué diré?: Padre, líbrame de esta hora. Pero si por esto he venido, para esta hora. Padre, glorifica tu nombre». Entonces vino una voz del cielo: «Lo he glorificado y volveré a glorificarlo». La gente que estaba allí y lo oyó, decía que había sido un trueno; otros decían que le había hablado un ángel. Jesús tomó la palabra y dijo: «Esta voz no ha venido por mí, sino por vosotros. Ahora va a ser juzgado el mundo; ahora el príncipe de este mundo va a ser echado fuera. Y cuando yo sea elevado sobre la tierra atraeré a todos hacia mí». Esto lo decía dando a entender la muerte de que iba a morir.

Releemos el evangelio

Beato Columba Marmion (1858-1923)

abad

Vivir de la fe (Le Christ Idéal du Moine, DDB, 1936), trad. sc@evangelizo.org

Contemplar a Cristo con los ojos del Padre

Crear es participar en el conocimiento que Dios tiene de sí mismo y de todas las cosas en él. Con el ejercicio de esta virtud, nuestra vida es como un reflejo de su vida. Cuando el alma está llena de fe, podemos decir que ella ve con los ojos de Dios. ¿Qué es lo que contempla eternamente el Padre? A su Hijo. Conoce y ama todo en Él. Esta mirada y este amor le son esenciales. ¿Qué contempla en ese momento? Al Verbo, su igual, devenido hombre por amor.

El Padre aprecia a su Hijo infinitamente, divinamente, como sólo él puede hacerlo. Por eso es todo a él, lo que hace es ordenado a su gloria “Ya lo he glorificado y lo volveré a glorificar” (Jn 12,28). Quiere que su Hijo sea reconocido por las criaturas razonables con la

reverencia debida a su divinidad. Cuando lo introdujo en este mundo, deseó que los ángeles lo adorasen (cf. Heb 1,6). Pide a los hombres el mismo homenaje. El Padre quiere “que todos honren al Hijo como honran al Padre” (Jn 5,23). En el Tabor llamó a creer en las palabras de Jesús, Hijo de su dilección (cf. Mt 17,5).

Si contemplamos a Cristo con los ojos del Padre, el valor que damos a la dignidad de su persona, a la inmensidad de sus méritos, a la fuerza de su gracia, es ilimitado. Cualquiera sea la multitud de nuestras faltas y nuestra indigencia, poseemos en Cristo la misericordia infinita. En nuestra miseria misma, tenemos la riqueza de Cristo (cf. 1 Cor 1,5). Para la Iglesia, la sobreabundancia de méritos de Dios es la fuente que sin cesar fluye en gratitud, alabanza, paz y alegría indecibles.

Palabras del Santo Padre Francisco

«La novedad introducida por la crisis que desea el Espíritu no es nunca una novedad en oposición a lo antiguo, sino una novedad que brota de lo antiguo y que siempre la hace fecunda. Jesús usa una expresión que explica este pasaje de un modo sencillo y claro: “Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto”.

El acto de morir de la semilla es un acto ambivalente, porque al mismo tiempo marca el final de algo y el comienzo de otro. Llamamos al mismo momento muerte-descomponerse y nacimiento-germinar porque son la misma realidad. Ante nuestros ojos vemos un final y al mismo tiempo en ese final se manifiesta un comienzo nuevo.» *(Discurso de S.S. Francisco, 20 de diciembre de 2020)*

Meditación

En el Evangelio de hoy Jesús nos recuerda que el que mira para adentro y se mira solo a sí mismo, se pierde y, por el contrario, el que mira hacia afuera se salva. No sé si te has preguntado por qué nunca nos podemos ver con nuestros propios ojos directamente. Si lo ves desde la perspectiva de hoy, te podrás dar cuenta de que Dios, en su infinita sabiduría, ha colocado los ojos para que miren hacia adelante y no sólo hacia uno mismo.

Acepta la invitación del Señor hoy y busca no ver sólo hacia adentro, que no es algo malo en sí, pero que puede causar que se te olvide lo que está fuera de ti. Dios nos creó como seres relacionales, para amar y ser amados en relación con Él y con los demás. No te olvides de que eres parte de una familia, de una ciudad, de un país, de un mundo, en el cual Dios ama a cada uno por igual sin importar lengua, raza o nación. Así puedes aprender a no ponerle límites a la llamada al amor que Dios te hace, para que el día en que Él atraiga a todos hacia sí, te llame a ti y a mí al Reino de los Cielos.

Oración final

¡Señor Dios nuestro!, aparta a los discípulos de tu Hijo de los caminos fáciles de la popularidad, de la gloria a poco precio, y llévalos sobre los caminos de los pobres y de los afligidos de la tierra, para que sepan reconocer en sus rostros el rostro del Maestro y Redentor.

Da ojos para ver los senderos posibles a la justicia y a la solidaridad; oídos para escuchar las peticiones de salvación y salud de tantos que buscan como a tías; enriquece sus corazones de fidelidad generosa y de delicadeza y comprensión para que se hagan compañeros de camino y testimonios verdaderos y sinceros de la gloria que resplandece en el crucificado, resucitado y victorioso.

Oración introductoria

Dios mío, Tú que eres todopoderoso, y de una manera misteriosa me escuchas y haces lo que te pido, dame la gracia de reconocerte pecador y confiar en tu infinita misericordia y amor de Padre bondadoso

Petición

Abre mi corazón y mi mente para que sepa apreciar el inmenso don de tu misericordia.

Lectura del libro de Daniel (Dn. 13, 1-9. 15-17. 19-30. 33-62)

En aquellos días, vivía en Babilonia un hombre llamado Joaquín, casado con Susana, hija de Jelcías, mujer muy bella y temerosa del Señor. Sus padres eran justos y habían educado a su hija según la ley de Moisés. Joaquín era muy rico y tenía un jardín junto a su casa; y como era el más respetado de todos, los judíos solían reunirse allí. Aquel año fueron designados jueces dos ancianos del pueblo, de esos que el Señor denuncia diciendo: «En Babilonia la maldad ha brotado de los viejos jueces, que paso por guías del pueblo». Solían ir a casa de Joaquín, y los que tenían pleitos que resolver acudían a ellos. A mediodía, cuando la gente se marchaba, Susana salía a pasear por el jardín de su marido. Los dos ancianos la veían a diario, cuando salía a pasear, y sintieron deseos de ella. Pervirtieron sus pensamientos y desviaron los ojos para no mirar al cielo, ni acordarse de sus justas leyes. Sucedió que, mientras aguardaban ellos el día conveniente, salió ella como los tres días anteriores sola con dos criadas, y tuvo ganas

de bañarse en el jardín, porque hacía mucho calor. No había allí nadie, excepto los dos ancianos escondidos y acechándola. Susana dijo a las criadas: «Traedme el perfume y las cremas y cerrad la puerta del jardín mientras me baño». Apenas salieron las criadas, se levantaron los dos ancianos, corrieron hacia ella y le dijeron: «Las puertas del jardín están cerradas, nadie nos ve, y nosotros sentimos deseos de ti; así que consiente y acuéstate con nosotros. Si no, daremos testimonio contra ti diciendo que un joven estaba contigo y que por eso habías despachado a las criadas». Susana lanzó un gemido y dijo: «No tengo salida: si hago eso, mereceré la muerte; si no lo hago, no escaparé de vuestras manos. Pero prefiero no hacerlo y caer en vuestras manos antes que pecar delante del Señor». Susana se puso a gritar, y los dos ancianos, por su parte, se pusieron también a gritar contra ella. Uno de ellos fue corriendo y abrió la puerta del jardín. Al oír los gritos en el jardín, la servidumbre vino corriendo por la puerta lateral a ver qué le había pasado. Cuando los ancianos contaron su historia, los criados quedaron abochornados, porque Susana nunca había dado que hablar. Al día siguiente, cuando la gente vino a casa de Joaquín, su marido, vinieron también los dos ancianos con el propósito criminal de hacer morir a Susana. En presencia del pueblo ordenaron: «Id a buscar a Susana, hija de Jelcías, mujer de Joaquín». Fueron a buscarla, y vino ella con sus padres, hijos y parientes. Toda su familia y cuantos la veían lloraban. Entonces los dos ancianos se levantaron en medio de la asamblea y pusieron las manos sobre la cabeza de Susana. Ella, llorando, levantó la vista al cielo, porque su corazón confiaba en el Señor. Los ancianos declararon: «Mientras paseábamos nosotros solos por el jardín, salió esta con dos criadas, cerró la puerta del jardín y despidió a las criadas. Entonces se le acercó un joven que estaba escondido y se acostó con ella. Nosotros estábamos en un rincón del jardín y, al ver aquella maldad, corrimos hacia ellos. Los vimos abrazados, pero no pudimos sujetar al joven, porque era más fuerte que nosotros, y, abriendo la puerta, salió corriendo. En cambio, a esta la echamos mano y le preguntamos quién

era el joven, pero no quiso decírnoslo. Damos testimonio de ello». Como eran ancianos del pueblo y jueces, la asamblea los creyó y la condenó a muerte. Susana dijo gritando: «Dios eterno, que ves lo escondido, que lo sabes todo antes de que suceda, tú sabes que han dado falso testimonio contra mí, y ahora tengo que morir, siendo inocente de lo que su maldad ha inventado contra mí». Y el Señor escuchó su voz. Mientras la llevaban para ejecutarla, Dios suscitó el espíritu santo en un muchacho llamado Daniel; y este dio una gran voz: «Yo soy inocente de la sangre de esta». Toda la gente se volvió a mirarlo, y le preguntaron: «¿Qué es lo que estás diciendo?». Él, plantado en medio de ellos, les contestó: «Pero ¿estáis locos, hijos de Israel? ¿Conque, sin discutir la causa ni conocer la verdad condenáis a una hija de Israel? Volved al tribunal, porque esos han dado falso testimonio contra ella». La gente volvió a toda prisa, y los ancianos le dijeron: «Ven, siéntate con nosotros e infórmanos, porque Dios mismo te ha dado la ancianidad» Daniel les dijo: «Separadlos lejos uno del otro, que los voy a interrogar». Cuando estuvieron separados el uno del otro, él llamó a uno de ellos y le dijo: «¡Envejecido en días y en crímenes! Ahora vuelven tus pecados pasados, cuando dabas sentencias injustas condenando inocentes y absolviendo culpables, contra el mandato del Señor: “No matarás al inocente ni al justo”. Ahora puesto que tú la viste, dime debajo de qué árbol los viste abrazados». Él contestó: «Debajo de una acacia». Respondió Daniel: «Tu calumnia se vuelve contra ti. Un ángel de Dios ha recibido ya la sentencia divina y te va a partir por medio». Lo apartó, mandó traer al otro y le dijo: «¡Hijo de Canaán, y no de Judá! La belleza te sedujo y la pasión pervirtió tu corazón. Lo mismo hacíais con las mujeres israelitas, y ellas por miedo se acostaban con vosotros; pero una mujer judía no ha tolerado vuestra maldad. Ahora dime: ¿bajo qué árbol los sorprendiste abrazados?». Él contestó: «Debajo de una encina». Replicó Daniel: «Tu calumnia también se vuelve contra ti. El ángel de Dios aguarda con la espada para dividirte por medio. Y así acabará con vosotros». Entonces toda la asamblea se puso a gritar bendiciendo

a Dios, que salva a los que esperan en él. Se alzaron contra los dos ancianos, a quienes Daniel había dejado convictos de falso testimonio por su propia confesión, e hicieron con ellos lo mismo que ellos habían tramado contra el prójimo. Les aplicaron la ley de Moisés y los ajusticiaron. Aquel día se salvó una vida inocente.

Salmo (Sal 22,1-3a.3b-4.5.6)

Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo.

El Señor es mi pastor, nada me falta: en verdes praderas me hace recostar; me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas. R.

Me guía por el sendero justo, por el honor de su nombre. Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo: tu vara y tu cayado me sosiegan. R.

Preparas una mesa ante mí, enfrente de mis enemigos; me unges la cabeza con perfume, y mí copa rebosa. R.

Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida, y habitaré en la casa del Señor por años sin término. R.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn 8, 1-11)

En aquel tiempo, Jesús se retiró al monte de los Olivos. Al amanecer se presentó de nuevo en el templo, y todo el pueblo acudía a él, y, sentándose, les enseñaba. Los escribas y los fariseos le traen una mujer sorprendida en adulterio, y, colocándola en medio, le dijeron: «Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. La ley de Moisés nos manda apedrear a las adúlteras; tú, ¿qué dices?». Le preguntaban esto para comprometerlo y poder acusarlo. Pero Jesús,

inclinándose, escribía con el dedo en el suelo. Como insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: «El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra». E inclinándose otra vez, siguió escribiendo. Ellos, al oírlo, se fueron escabullendo uno a uno, empezando por los más viejos. Y quedó solo Jesús, con la mujer en medio, que seguía allí delante. Jesús se incorporó y le preguntó: «Mujer, ¿dónde están tus acusadores?; ¿ninguno te ha condenado?». Ella contestó: «Ninguno, Señor». Jesús dijo: «Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más».

Releemos el evangelio

San Juan Pablo II (1920-2005)

papa

Encíclica “Dives in misericordia”, §2 (trad. © copyright Librería Editrice Vaticana rev.)

“El que esté sin pecado, que tire la primera piedra”

“A Dios nadie lo ha visto”, escribe San Juan para dar mayor relieve a la verdad, según la cual “precisamente el Hijo unigénito que está en el seno del Padre, ése le ha dado a conocer” (Jn 1,18)... Revelada en Cristo, la verdad acerca de Dios como “Padre de la misericordia”, (2Co 1,3) nos permite “verlo” especialmente cercano al hombre, sobre todo cuando sufre, cuando está amenazado en el núcleo mismo de su existencia y de su dignidad.

Debido a esto, en la situación actual de la Iglesia y del mundo, muchos hombres y muchos ambientes guiados por un vivo sentido de fe se dirigen, yo diría casi espontáneamente, a la misericordia de Dios. Ellos son ciertamente impulsados a hacerlo por Cristo mismo, el cual, mediante su Espíritu, actúa en lo íntimo de los corazones humanos. En efecto, revelado por El, el misterio de Dios “Padre de la

misericordia” constituye, en el contexto de las actuales amenazas contra el hombre, como una llamada singular dirigida a la Iglesia.

En la presente Encíclica deseo acoger esta llamada; deseo recurrir al lenguaje eterno -y al mismo tiempo incomparable por su sencillez y profundidad- de la revelación y de la fe, para expresar precisamente con él una vez más, ante Dios y ante los hombres, las grandes preocupaciones de nuestro tiempo.

En efecto, la revelación y la fe nos enseñan no tanto a meditar en abstracto el misterio de Dios, como “Padre de la misericordia”, cuanto a recurrir a esta misma misericordia en el nombre de Cristo y en unión con Él. ¿No ha dicho quizá Cristo que nuestro Padre, que “ve en secreto” (Mt 6,4), espera, se diría que continuamente, que nosotros, recurriendo a Él en toda necesidad, escrutemos cada vez más su misterio: el misterio del Padre y de su amor?

Deseo pues que estas consideraciones hagan más cercano a todos tal misterio y que sean al mismo tiempo una vibrante llamada de la Iglesia a la misericordia, de la que el hombre y el mundo contemporáneo tienen tanta necesidad. Y tienen necesidad, aunque con frecuencia no lo saben.

Palabras del Santo Padre Francisco

«¿Qué hace el Señor con esta gente? Salva a la mujer inocente, le hace justicia. Perdona a la mujer pecadora. A los jueces corruptos los condena; a los hipócritas los ayuda a convertirse, y ante el pueblo dice: “Sí, ¿de verdad? El primero de vosotros que esté sin pecados, que tire la primera piedra”, y uno tras otro se van. Tiene algo de ironía, el Apóstol Juan, aquí: “Ellos, al oír estas palabras, se fueron retirando uno tras otro, comenzando por los más viejos”. Les deja un poco de tiempo para que se arrepientan; a los corruptos no los

perdona, simplemente porque los corruptos son incapaces de pedir perdón, ha ido más allá.

Se ha cansado... no, no está cansado: no es capaz. La corrupción también le ha quitado la capacidad que todos tenemos de avergonzarnos, de pedir perdón. No, el corrupto está seguro, sigue adelante, destruye, explota a la gente, como a esta mujer, todo, todo... sigue adelante. Se pone en el lugar de Dios.» *(Homilía de S.S. Francisco, 30 de marzo de 2020).*

Meditación

Jesús enseñaba una nueva forma de ver la relación con Dios que difería de una visión legalista y a veces cruda con la realidad personal, como es el caso en este Evangelio. Jesús enseña y, por lo tanto, da principios para guiar nuestras vidas y así poder llegar a Dios, quien colma todos nuestros deseos (aunque no lo creas).

Ante la situación particular de la mujer adúltera es importante resaltar el no dejarnos llevar por un relativismo moral, el puedo hacer lo que sea al fin y al cabo Dios me perdona. Es muy diferente la actitud de Cristo quien refleja el verdadero amor de un padre para con sus hijos. Reconoce que la mujer ha obrado mal, pero no toma la vía corta de castigar al pecador, que en este caso era la muerte.

Él toma cartas en el asunto, en primer lugar, haciendo que los jueces reflexionen en su propia vida porque nos es muy fácil juzgar a los demás, pero cuando somos nosotros los que somos juzgados, no tomamos ninguna piedra. Todos somos pecadores, unos más que otros, por lo que debemos reconocernos débiles y comprensivos con las personas que caen en pecado. Dios quiere que se conviertan y no que mueran pues todos son sus hijos.

Un hijo puede hacer muchísimo mal e incluso ser malo con las personas a las que debería amar más, sus padres. El amor de un padre va más allá del castigo y ama hasta el final, no importa que el hijo lo odie, un padre o una madre lo siguen amando. En todo escenario, como el que presenta el Evangelio, hay un espacio de esperanza para la conversión de la persona. Nadie está totalmente determinado por su pecado, siempre se puede cambiar, ¡no lo olvides!

Oración final

Señor Jesús, te damos gracia por tu Palabra que nos ha hecho ver mejor la voluntad del Padre. Haz que tu Espíritu ilumine nuestras acciones y nos comunique la fuerza para seguir lo que Tu Palabra nos ha hecho ver. Haz que nosotros como María, tu Madre, podamos no sólo escuchar, sino también poner en práctica la Palabra.

MARTES, 19 DE MARZO DE 2024
SAN JOSÉ, ESPOSO DE LA VIRGEN MARÍA (S)
Oración y silencio.

Oración introductoria

Dame la gracia de hacer una experiencia..., una experiencia real de tu Amor.

Petición

Señor, dame la fe y la humildad de María y José.

Lectura del segundo libro de Samuel (Sam. 7, 4-5a. 12-14a. 16)

En aquellos días, vino esta palabra del Señor a Natán: «Ve y habla a mi siervo David: “Así dice el Señor: Cuando se cumplan tus días y reposes con tus padres, yo suscitaré descendencia tuya después. Al que salga de tus entrañas le afirmaré su reino. Será él quien construya una casa a mi nombre y yo consolidaré el trono de su realeza para siempre. Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo. Tu casa y tu reino se mantendrán siempre firmen ante mí; tu trono durará para siempre”».

Salmo (Sal 88, 2-3. 4-5. 27 y 29)

Su linaje será perpetuo.

Cantaré eternamente las misericordias del Señor, anunciaré tu fidelidad por todas las edades. Porque dije: «Tu misericordia es un edificio eterno, más que el cielo has afianzado tu fidelidad». R.

Sellé una alianza con mi elegido, jurando a David, mi siervo: «Te fundaré un linaje perpetuo, edificaré tu trono para todas las edades». R.

Él me invocará: “Tú eres mi padre, mi Dios, mi Roca salvadora”. Le mantendré eternamente mi favor, y mi alianza con él será estable. R.

Lectura de la carta del apóstol

san Pablo a los Romanos (Rom. 4, 13. 16-18. 22)

Hermanos: No por ley sino por la justicia de la fe recibieron Abrahán y su descendencia la promesa de que iba a ser heredero del mundo. Por eso depende de la fe, para que sea según gracia; de este modo, la

promesa está asegurada para toda la descendencia, no solamente para la que procede de la ley, sino también para la que procede de la fe de Abrahán, que es padre de todos nosotros. Según está escrito: «Te he constituido padre de muchos pueblos»; la promesa está asegurada ante aquel en quien creyó, el Dios que da vida a los muertos y llama a la existencia lo que no existe. Apoyado en la esperanza, creyó contra toda esperanza que llegaría a ser padre de muchos pueblos, de acuerdo con lo que se le había dicho: «Así será tu descendencia». Por lo cual le fue contado como justicia.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt. 1, 16. 18-21. 24ª)

Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo. El nacimiento de Jesucristo fue de esta manera: María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo. José, su esposo, que era justo y no quería difamarla, decidió repudiarla en privado. Pero, apenas había tomado esta resolución, se le apareció en sueños un ángel del Señor que le dijo: «José, hijo de David, no tengas acoger a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados». Cuando José se despertó, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor.

Releemos el evangelio

León XIII (1810-1903)

papa 1878-1903

Quonquam pluries

San José, patrón de la Iglesia

José era el guardián, el administrador y defensor legítimo y natural de la casa divina de la cual era la cabeza. Ejerció su cargo durante todo el tiempo de su vida mortal. Se ocupó de proteger con soberano amor y una solicitud diaria a su Esposa y a su Hijo; con su trabajo ganó con regularidad lo que era necesario a una y a otro para su alimento y vestido; preservó de la muerte al Hijo amenazado por la envidia de un rey...; en las dificultades de los viajes y las penas del exilio, constantemente ha sido el compañero, la ayuda y el sostén de la Virgen y de Jesús.

Ahora bien, la divina casa que José gobernó con autoridad de padre contenía las primicias de la Iglesia naciente. La santísima Virgen, de la misma manera que es la madre de Jesucristo, es también la madre de todos los cristianos a quienes ha dado a luz en el Calvario, durante los supremos sufrimientos del Redentor; también Jesucristo es como el primogénito de entre los cristianos, que, por la adopción y la redención, son sus hermanos (Rm 8,29).

Estas son las razones por las cuales el bienaventurado patriarca José mira a la multitud de los cristianos que componen la Iglesia, y que le son particularmente confiados, como a esta inmensa familia extendida por toda la tierra y sobre la cual, por ser el esposo de María y el padre de Jesucristo, posee una autoridad paternal.

Es, pues, muy natural y digno del bienaventurado José que, de la misma manera que en otro tiempo estaba atento a las necesidades

de la familia de Nazaret y la rodeaba santamente con su protección, ahora, con su patrocinio, proteja y defienda a la Iglesia de Jesucristo.

Palabras del Santo Padre Francisco

«A través de la experiencia de san José, una figura aparentemente de segundo plano, pero en cuya actitud está contenida toda la sabiduría cristiana. Él, junto con Juan Bautista y María, es uno de los personajes que la liturgia nos propone para el tiempo de Adviento; y de los tres es el más modesto. El que no predica, no habla, sino que trata de hacer la voluntad de Dios; y lo hace al estilo del Evangelio y de las Bienaventuranzas.

Pensemos: “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos”. Y José es pobre porque vive de lo esencial, trabaja, vive del trabajo; es la pobreza típica de quien es consciente de que depende en todo de Dios y pone en Él toda su confianza.» *(Homilía de SS Francisco, 22 de diciembre de 2019)*

Meditación

José era un hombre «justo». Él buscaba cumplir la voluntad de Dios. Aunque no siempre tuvo claro qué era lo que el Señor le pedía.

José descubrió su misión por medio de la oración y el silencio. Descubrió cuál era el plan de Dios para su vida. Por medio del encuentro constante e íntimo con Dios, José pudo cumplir la voluntad de Dios, y así, fue instrumento en las manos de Dios para la salvación de los hombres.

El Señor nos ha dado una misión, como la dio a José. Y nos ha dado también los talentos y cualidades para llevar a cabo este plan y ser también instrumentos de salvación. El Señor quiere actuar por

medio de nosotros. Él nos ha llamado y, por los mismo, jamás nos dejará solos.

¡Ven, Espíritu Santo! Ilumina mi entendimiento para que pueda descubrir la voluntad del Señor. Hazme un instrumento de salvación. Hazme una persona de oración y silencio como José.

Oración final

La contemplación cristiana del sueño de Dios, del plan que Dios realiza para la historia de la humanidad no produce alienación, sino que nos tiene vigilantes y activas las conciencias y nos estimula para afrontar con valor y abnegación las responsabilidades que la vida nos depara.

MIÉRCOLES, 20 DE MARZO DE 2024

Tenemos la opción de escoger

Oración introductoria

Señor Jesús, aquí estoy delante de tu presencia; vengo a agradecerte por la oportunidad de que me das de cambiar mi corazón y de hacer que sea cada día más semejante al Tuyo.

Dame la oportunidad de dejar mi condición de pecado para ser capaz de acercarme a Ti con un corazón totalmente libre.

Dame la gracia que al mismo tiempo que yo crezca en mi amor por Ti, se vea reflejado a los demás y así pueda acercar al mayor número de personas a tu corazón.

Petición

Señor, dame la humildad necesaria para someterme en todo a tu voluntad, permanecer en tu palabra y ser libre por tu verdad.

Lectura de la profecía de Daniel (Dan. 3, 14-20. 91-92. 95)

En aquellos días, el rey Nabucodonosor dijo: «¿Es cierto, Sidrac, Misac y Abdénago, que no teméis a mis dioses ni adoráis la estatua de oro que he erigido? Mirad: si al oír tocar la trompa, la flauta, la citara, el laúd, el arpa, la vihuela y todos los demás instrumentos, estáis dispuestos a postraros adorando la estatua que he hecho, hacedlo; pero, si no la adoráis, seréis arrojados inmediatamente al horno encendido, y ¿qué dios os librará de mis manos?». Sidrac, Misac y Abdénago contestaron al rey Nabucodonosor: «A eso no tenemos por qué responder. Si nuestro Dios a quien veneramos puede librarnos del horno encendido, nos librará, oh rey, de tus manos. Y aunque no lo hiciera, que te conste, majestad, que no veneramos a tus dioses ni adoramos la estatua de oro que has erigido». Entonces Nabucodonosor, furioso contra Sidrac, Misac y Abdénago, y con el rostro desencajado por la rabia, mandó encender el horno siete veces más fuerte que de costumbre, y ordenó a sus soldados más robustos que atasen a Sidrac, Misac y Abdénago y los echasen en el horno encendido. Entonces el rey Nabucodonosor se alarmó, se levantó y preguntó, estupefacto, a sus consejeros: «¿No eran tres los hombres que atarnos y echamos al horno?». Le respondieron: «Así es, majestad». Preguntó: «¿Entonces, cómo es que veo cuatro hombres, sin atar, paseando por el horno sin sufrir daño alguno? Y el cuarto parece un ser divino». Nabucodonosor entonces dijo: «Bendito sea el Dios de Sidrac, Misac y Abdénago, que envió un ángel a salvar a sus siervos que, confiando en él, desobedecieron el decreto real y entregaron sus cuerpos antes que venerar y adorar a otros dioses fuera del suyo».

Salmo (Sal Dan 3, 52. 53. 54. 55. 56)

¡A ti gloria y alabanza por los siglos!

Bendito eres, Señor, Dios de nuestros padres, bendito tu nombre santo y glorioso. R.

Bendito eres en el templo de tu santa gloria. R.

Bendito eres sobre el trono de tu reino. R.

Bendito eres tú, que sentado sobre querubines sondeas los abismos. R.

Bendito eres en la bóveda del cielo. R.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn. 8, 31-42)

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos que habían creído en él: «Si permanecéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres». Le replicaron: «Somos linaje de Abrahán y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: “Seréis libres”?». Jesús les contestó: -«En verdad, en verdad os digo: todo el que comete pecado es esclavo. El esclavo no se queda en la casa para siempre, el hijo se queda para siempre. Y si el Hijo os hace libres, seréis realmente libres. Ya sé que sois linaje de Abrahán; sin embargo, tratáis de matarme, porque mi palabra no cala en vosotros. Yo hablo de lo que he visto junto a mi Padre, pero vosotros hacéis lo que le habéis oído a vuestro padre». Ellos replicaron: - «Nuestro padre es Abrahán». Jesús les dijo: «Si fuerais hijos de Abrahán, haríais lo que hizo Abrahán. Sin embargo, tratáis de matarme a mí, que os he hablado de la verdad que le escuché a Dios, y eso no lo hizo Abrahán. Vosotros hacéis lo que hace vuestro padre». Le replicaron: «Nosotros

no somos hijos de prostitución; tenemos un solo padre: Dios». Jesús les contestó: - «Si Dios fuera vuestro padre, me amaríais, porque yo salí de Dios, y he venido. Pues no he venido por mi cuenta, sino que él me envió».

Releemos el evangelio

Orígenes (c. 185-253)

presbítero y teólogo

Tratado 20 (In: Catena Aurea, Sur saint Jean, VIII, Thomas d'Aquin), trad. sc@evangelizo.org

“Si ustedes fueran hijos de Abraham,
obrarían como él” (Jn 8,39)

“Yo sé que ustedes son descendientes de Abraham” (Jn 8,37). (...) Podemos dar otra explicación, fundada sobre el texto griego: “Yo sé que ustedes son de la raza”, literalmente, “de la simiente de Abraham”. Para rendir esta explicación más clara, veamos primero la diferencia entre la simiente destinada a formar el cuerpo y la destinada a formar al niño. La simiente posee todas las razones constitutivas del que ella es la simiente, aunque sean todavía en estado de inacción y reposo. Pero después de la transformación de la simiente y su acción particular en la materia que le es presentada por la mujer, el niño toma la forma de quien lo ha engendrado, ayudado por la alimentación. En cuanto al cuerpo, todo niño viene de una simiente, pero no todas las simientes se transforman en niño. (...)

Es necesario que el que es la simiente de Abraham, se convierta en su hijo, tomando su semejanza. Puede ocurrir, que por negligencia o inacción, se destruya en él esta preciosa simiente. Pero la esperanza no estaba todavía destruida en las personas a las que nuestro Señor se dirigía. Jesús sabía que eran la simiente de Abraham, que no habían todavía perdido el poder de devenir hijos de Abraham. Por eso les

dijo que, si eran hijos de Abraham, obraran como él (cf. Jn 8,39). Si hubieran querido dejar crecer esa preciosa simiente hasta su perfecto desarrollo, hubieran comprendido la palabra de Jesús. (...)

Hay quienes se limitan a elegir una sola de las obras de Abraham, la que el apóstol releva en estos términos: “Abraham creyó en la palabra de Dios y su fe le fue contada como justicia” Pero si la fe es la única obra necesaria, ¿por qué el Salvador dijo en plural y no en singular: “Hagan las obras de Abraham”? Esas palabras son el equivalente de estas otras: Hagan todas las obras de Abraham, tomando la vida de Abraham en sentido alegórico y sus acciones en sentido espiritual. El que quiere devenir hijo de Abraham, no debe seguir su ejemplo y tomar sus sirvientas como esposas. Tampoco, después de la muerte de ella, esposar otra mujer en la vejez.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Vuelve esa palabra tan querida por el Señor que la repetirá muchas veces, y luego en la cena: permanecer. “Permanece en mí”. Permanece en el Señor. No dice: “Estudia bien, aprende bien los argumentos”, esto lo da por sentado. Y va a lo más importante, lo que es más peligroso para la vida, si no se hace: permanecer. “Permaneced en mi palabra”. Y los que permanecen en la palabra de Jesús tienen su propia identidad cristiana. ¿Y cuál es? “Seréis verdaderamente mis discípulos”.

La identidad cristiana no es un papel que dice “yo soy cristiano”, una carta de identidad: no. Es el discipulado. Tú, si permaneces en el Señor, en la Palabra del Señor, en la vida del Señor, serás un discípulo. Si no te quedas, serás uno que simpatiza con la doctrina, que sigue a Jesús como un hombre que hace tanta caridad, es muy bueno, que tiene los valores correctos, pero el discipulado es la verdadera identidad del cristiano.» (*Homilía de S.S. Francisco, 1 de abril de 2020*).

Meditación

Muchas veces podemos tener la sensación de libertad. Es una sensación de poder elegir, pero, al mismo tiempo, implica la toma de decisión de una cosa, optar por escoger. El Evangelio nos presenta la opción de escoger a Cristo para separarnos del pecado. Jesús interpela a sus oyentes de esta manera. Hace que cada uno de los que le escuchan tengan la posibilidad de darse cuenta de que la elección de seguir en su pecado no es la más certera, y que es necesario alejarse de esa vida para iniciar la vida de libertad de los hijos de Dios. Muchas veces sentimos que nos cuesta, que es pesado, que no vale la pena seguir luchando por dejar atrás el hombre viejo por las caídas que experimentamos.

Por esto es necesario pedirle a Jesús poder hacer la firme decisión de no pecar y de alejarse de las ocasiones de pecado. Ayudarnos mutuamente con nuestro ejemplo de santidad de vida nos permitirá salir de nosotros y querer ayudar con nuestro testimonio a los demás. Hoy, Jesús nos promete la verdadera libertad que consiste en morir a nosotros mismos para realmente dejarlo todo en manos de Dios y así poder seguirle. No podemos solos; necesitamos de la gracia y, por eso, es necesario pedirla.

Que sea Jesucristo mismo quien abra nuestros corazones para que, dejando con firme resolución al hombre viejo, seamos capaces de poder vivir según Jesucristo y que Él nos rescate con su mano poderosa de nuestro pecado que es pesado, que cuesta y que nos quita la libertad de optar por el bien que nos da la felicidad.

Oración final

Bendito eres, Señor, Dios de nuestros padres,
bendito tu nombre santo y glorioso.
Bendito eres en el templo de tu santa gloria.
Bendito eres sobre el trono de tu reino. (Dn 3,52)

JUEVES, 21 DE MARZO DE 2024

La muerte, puerta de la vida...

Oración introductoria

Creo, Señor, pero aumenta mi fe; confié en Ti, Señor, fortalece mi esperanza; te amo, Señor, ayúdame a amarte cada vez más. Haz, Señor, que viva y muera en tu santa presencia; que duerma y me levante siempre en tu santa voluntad.

Petición

Señor, ayúdame a incrementar mi vida de gracia y a vivir siempre de acuerdo a ella.

Lectura del libro del Génesis (Gen. 17, 13-9)

En aquellos días, Abrahán cayó rostro en tierra y Dios le habló así: «Por mi parte, esta es mi alianza contigo: serás padre de muchedumbre de pueblos. Ya no te llamarás Abrán, sino Abrahán, porque te hago padre de muchedumbre de pueblos. Te haré fecundo sobremanera: sacaré pueblos de ti, y reyes nacerán de ti. Mantendré mi alianza contigo y con tu descendencia en futuras generaciones, como alianza

perpetua. Seré tu Dios y el de tus descendientes futuros. Os daré a ti y a tu descendencia futura la tierra en que peregrinas, la tierra de Canaán, como posesión perpetua, y seré su Dios». El Señor añadió a Abrahán: «Por tu parte, guarda mi alianza, tú y tus descendientes en sucesivas generaciones».

Salmo (Sal 104, 4-5. 6-7. 8-9)

El Señor se acuerda de su alianza eternamente.

Recurrid al Señor y a su poder, buscad continuamente su rostro. Recordad las maravillas que hizo, sus prodigios, las sentencias de su boca. R.

¡Estirpe de Abrahán, su siervo; hijos de Jacob, su elegido! El Señor es nuestro Dios, él gobierna toda la tierra. R.

Se acuerda de su alianza eternamente, de la palabra dada, por mil generaciones; de la alianza sellada con Abrahán, del juramento hecho a Isaac. R.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn. 8,51-59)

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos: «En verdad, en verdad os digo: quien guarda mi palabra no verá la muerte para siempre». Los judíos le dijeron: -«Ahora vemos claro que estás endemoniado; Abrahán murió, los profetas también, ¿y tú dices: “Quien guarde mi palabra no gustará la muerte para siempre”? ¿Eres tú más que nuestro padre Abrahán, que murió? También los profetas murieron, ¿por quién te tienes?». Jesús contestó: -- «Si yo me glorificara a mí mismo, mi gloria no valdría nada. El que me glorifica es mi Padre, de quien vosotros decís: “Es nuestro Dios”, aunque no lo conocéis. Yo sí lo conozco, y si dijera: “No lo conozco” sería, como vosotros, un

embustero; pero yo lo conozco y guardo su palabra. Abrahán, vuestro padre, saltaba de gozo pensando ver mi día; lo vio, y se llenó de alegría». Los judíos le dijeron: - «No tienes todavía cincuenta años, ¿y has visto a Abrahán?». Jesús les dijo: «En verdad, en verdad os digo: antes de que Abrahán existiera, yo soy». Entonces cogieron piedras para tirárselas, pero Jesús se escondió y salió del templo.

Releemos el evangelio

San Gregorio Magno (c. 540-604)

papa y doctor de la Iglesia

Homilías sobre el Evangelio, n° 18

Yo soy

"Abraham, vuestro padre, exultó ante el pensamiento de ver mi día; lo vio, y se regocijó". Abraham vio el día del Señor cuando recibió en su casa a los tres ángeles que representan la Santísima Trinidad: tres huéspedes a los cuales se dirigió como a uno sólo (Gn 18,2-3)...

Pero el espíritu de los que escuchan al Señor, no se eleva por encima de la carne y le dicen: "¿Todavía no tienes cincuenta años, y has visto a Abraham?" Entonces, despacio, nuestro Redentor desvía su mirada de su cuerpo de carne para ascenderlo a la contemplación de su divinidad, declarando: " En verdad, en verdad, os digo, antes de que Abraham hubiera existido, existo yo". "Antes" indica el pasado, y "existo" el presente. Porque su divinidad no tiene ni pasado ni futuro, sino que existe siempre, el Señor no dice "antes de Abraham, existía", sino "antes de Abraham, existo". Por eso Dios le dijo a Moisés: "Yo soy el que soy... Les dirás a los hijos de Israel: ' El que es, me ha enviado a vosotros" (Ex 3,14).

Abraham tuvo un antes y un después; vino a este mundo... y lo dejó, llevado por el transcurso de su vida. Pero incumbe a la Verdad

existir siempre (Jn 14,6), porque para ella nada comienza y se acaba por un tiempo determinado. Pero estos descreídos, que no podían soportar estas palabras de eternidad, corren a recoger piedras para lapidar a aquel al que no podían comprender...

"Jesús se ocultó y salió del Templo". Es asombroso que el Señor hubiera escapado de sus perseguidores escondiéndose, cuando hubiera podido ejercer el poder de su divinidad... ¿Por qué, pues, se escondió? Porque habiéndose hecho hombre entre los hombres, nuestro Redentor nos dice ciertas cosas a través de su palabra y otras por su ejemplo. ¿Y qué nos dice con este ejemplo, si no que hay que evitar con humildad la cólera de los orgullosos, siempre que podamos y resistir?... Que nadie, pues, se rebele cuando reciba afrentas, que nadie devuelva insulto por insulto. Porque es más glorioso, a ejemplo de un Dios, evitar un insulto callándose, que aventajar replicando.

Palabras del Santo Padre Francisco

«El mundo ya está configurado, donde todo está explicado, no hay lugar a la pregunta abierta. ¿Es verdad eso? Es verdad, pero no es verdad. Ese es nuestro mundo. Se ha configurado y no hay lugar para la pregunta abierta. En un mundo que le rinde culto a la autonomía, la autosuficiencia y la autorealización, parece que no hay lugar para lo otro.

El mundo de los proyectos y la aceleración infinita, de la rapidación, no permite interrupciones, y por eso, la cultura mundana que esclaviza trata de anestesiarlos para olvidar lo que significa detenernos al fin. Pero el olvido de la muerte es también su comienzo, y también, una cultura que olvida la muerte comienza a morir por dentro.

El que olvida la muerte ya empezó a morir. ¡Por eso les agradezco tanto! ¡Porque tuvieron el coraje de abrir esta pregunta y pasar por el cuerpo las tres muertes que vaciándonos llenan la vida! La muerte de cada instante. La muerte del ego. Y la muerte de un mundo que da paso a otro nuevo. Recuerden, si la muerte no tiene la última palabra, Es porque en vida aprendimos a morir por otro.»
(Video mensaje de SS Francisco al IV Encuentro Mundial de Jóvenes, octubre 2019)

Meditación

«Yo les aseguro: el que es fiel a mis palabras
no morirá para siempre».

Cuánta vida y sentido cobran estas palabras de nuestro Señor en estos momentos en los que la enfermedad y la muerte afectan la vida de tantas personas; de repente parecen más cercanas a mi vida y a la de todas las personas que amo. ¡Enseñame, Señor, a ver más allá de mi realidad y de mi sufrimiento; a ver y amar a mi prójimo como Tú lo ves y lo amas, y a tenderle la mano como Tú lo haces conmigo!

La muerte y la enfermedad me dan miedo, y con razón, pero si el Señor de la vida está a mi lado, ¿qué cosa puedo temer? ¿Ante quien voy a temblar? Él me ha prometido quedarse conmigo todos los días hasta el fin del mundo. A su lado todo lo puedo, solo en él yace mi esperanza.

Jesucristo estuvo a punto de ser apedreado por decir la verdad y cumplir la voluntad de su Padre, y no está muy lejos de ser crucificado por esta misma razón... El misterio de su pasión, muerte y resurrección toca ya a la puerta de mi corazón, ¿pienso abrirle? ¿Escuchar su voz?

El Señor me invita a seguir confiando en Él, a buscarle con renovado ímpetu desde lo profundo de mi ser y a concientizarme más

de la futilidad del tiempo y la brevedad de la vida, que he recibido para cumplir una misión que Él mismo me ha encomendado.

Oración final

Recurrid al Señor y a su poder,
buscad continuamente su rostro.
Recordad las maravillas que hizo,
sus prodigios, las sentencias de su boca. (Sal 104)

VIERNES, 22 DE MARZO DE 2024

Descubrir la acción de Dios.

Oración introductoria

Señor, vengo a Ti en este día; muchas cosas me preocupan, tienen mi atención, pero en este momento quiero estar solo contigo y desconectarme de todo.

Estamos en el desierto, estoy junto a Ti en este camino de preparación; configura mi corazón con el tuyo para poder sentir lo que Tú sientes y así ser uno contigo, que es lo que más anhelo en mi vida. Me abandono por completo a Ti y a la Virgen María para que sean ustedes los que actúen en mí durante esta meditación y durante toda mi jornada.

Petición

Jesús, no dejes nunca que desfallezca mi fe.

Lectura del libro de Jeremías (Jer. 20, 10-13)

Oía la acusación de la gente: «“Pavor-en-torno”, delatadlo, vamos a delatarlo». Mis amigos acechaban mi traspié: «A ver si, engañado, lo sometemos y podemos vengarnos de él». Pero el Señor es mi fuerte defensor: me persiguen, pero tropiezan impotentes. Acabarán avergonzados de su fracaso, con sonrojo eterno que no se olvidará. Señor del universo, que examinas al honrado y sondeas las entrañas y el corazón, ¡que yo vea tu venganza sobre ellos, pues te he encomendado mi causa! Cantad al Señor, alabad al Señor, que libera la vida del pobre de las manos de gente perversa.

Salmo (Sal 17, 2-3a. 3bc-4. 5-6. 7)

En el peligro invoqué al Señor, y él me escuchó.

Yo te amo, Señor; tú eres mi fortaleza; Señor, mi roca, mi alcázar, mi libertador. R.

Dios mío, peña mía, refugio mío, escudo mío, mi fuerza salvadora, mi baluarte. Invoco al Señor de mi alabanza y quedo libre de mis enemigos. R.

Me cercaban olas mortales, torrentes destructores me aterraban, me envolvían las redes del abismo, me alcanzaban los lazos de la muerte. R.

En el peligro invoqué al Señor, grité a mi Dios: desde su templo él escuchó mi voz, y mi grito llegó a sus oídos. R.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn. 10,31-42)

En aquel tiempo, los judíos agarraron piedras para apedrear a Jesús. Él les replicó: «Os he hecho ver muchas obras buenas por encargo de mi Padre: ¿por cuál de ellas me apedreáis?». Los judíos le contestaron: «No te apedreamos por una obra buena, sino por una blasfemia: porque tú, siendo un hombre, te haces Dios». Jesús les replicó: «¿No está escrito en vuestra ley: “Yo os digo: sois dioses”? Si la Escritura llama dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios, y no puede fallar la Escritura, a quien el Padre consagró y envió al mundo, ¿decís vosotros: “¡Blasfemas!” Porque he dicho: “Soy Hijo de Dios”? Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis, pero si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras, para que comprendáis y sepáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre». Intentaron de nuevo detenerlo, pero se les escabulló de las manos. Se marchó de nuevo al otro lado del Jordán, al lugar donde antes había bautizado Juan, y se quedó allí. Muchos acudieron a él y decían: «Juan no hizo ningún signo; pero todo lo que Juan dijo de este era verdad». Y muchos creyeron en él allí.

Releemos el evangelio

Santo Tomás Moro (1478-1535)

hombre de estado inglés, mártir

Tratado sobre la Pasión, Cristo nos amó hasta el extremo, homilía 1

Cristo da la vida por sus enemigos

Meditemos profundamente sobre el amor de Cristo nuestro Salvador, "que ha amado a los suyos hasta el extremo" (Jn 13,1), hasta el punto de que, por su bien, voluntariamente, sufrió una muerte dolorosa y manifestó el máximo grado de amor que puede existir. Pues Él mismo dijo: "No hay amor más grande que el que da su vida por sus amigos" (Jn 15:13). Sí, este es el amor más grande que jamás se

haya demostrado. Y, sin embargo, nuestro Salvador nos dio uno mayor por que dio esta prueba de amor igual para sus amigos y sus enemigos.

¡Qué diferencia entre este verdadero amor y otras formas de amor falso e inconsistente que pueden encontrarse en este pobre mundo!... ¿Quién puede estar seguro, en la adversidad, de mantener a muchos de sus amigos, cuando nuestro Salvador, cuando fue arrestado, permaneció solo, abandonado de los suyos? ¿Cuándo tú te vayas, quién querrá ir contigo? ¿Si fueras rey, tu reino no te dejaría partir sólo para olvidarte tan pronto? ¿Incluso tu familia no te dejaría marchar, como una pobre alma abandonada que no sabe a dónde ir?

Así pues, aprendamos a amar en todo momento, como deberíamos amar: a Dios sobre todas las cosas y a todas las otras cosas a por Él. Por qué cada amor que no nos lleva a este fin, es decir, a la voluntad de Dios es un amor vano y estéril. Todo amor que dirigimos a un ser creado y que debilita nuestro amor hacia Dios, es un amor detestable y un obstáculo en nuestro camino hacia el cielo ... Así que, como nuestro Señor nos ha amado tanto para nuestra salvación, imploremos asiduamente su gracia, temiendo que, en comparación con su gran amor, a nosotros se nos encuentre repletos de ingratitud.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Y Dios dijo a su pueblo, como una gran promesa, que le quitaría su corazón de piedra y le daría un corazón de carne. Agrandar el corazón de carne: esto es amar. Con fidelidad y modestia. El sentido de modestia se refiere a una conciencia vigilante que defiende la dignidad de la persona y el amor auténtico, precisamente para no trivializar el lenguaje corporal.

La fidelidad, junto con el respeto por el otro, es una dimensión esencial de toda relación de amor verdadera, ya que no se puede jugar con los sentimientos. Pero amar no es solo una expresión del vínculo afectivo de una pareja o una amistad fuerte, hermosa y fraterna. Una forma concreta de amor también está dada por el compromiso de solidaridad con los demás, especialmente con los más pobres.»
(Encuentro con jóvenes de S.S. Francisco, 13 de abril de 2019).

Meditación

El tiempo de preparación va llegando a su final, estamos ya a punto de iniciar la Semana Santa y nos podemos preguntar: ¿cómo ha sido mi Cuaresma?, ¿cómo he vivido cada día de este periodo caminando con Jesús en el desierto?, ¿he buscado en cada momento encontrarme con Él?, ¿qué he hecho para que mi día ordinario se asemeje al tiempo de Jesús en el desierto?, ¿estoy preparado para entrar con Jesús en Jerusalén?, ¿estoy listo para acompañar a Jesús en su pasión y muerte?, ¿creo que Jesús hizo todo esto por mí?

El Evangelio está dirigido a los judíos de aquel tiempo, pero, al mismo tiempo, es Palabra viva, actual, nos habla hoy a cada uno de nosotros. Puede ser que lleguemos al final de esta Cuaresma y no hayamos pensado ni un momento en todo lo que Jesús está por vivir, y cómo todo lo hace por amor. Muchas personas, que vivían en esa época, no creyeron en lo que Jesús hacía, dudaban de Él, de sus obras; como quizás alguno de nosotros puede pensar que Dios no obra en nuestras vidas, que cuando algo sale mal es porque Jesús nos abandona.

Cada una de las obras de Jesús expresan su amor infinito a la voluntad del Padre, son configuración con el Padre. Pero depende de cada uno de nosotros contemplar estas obras desde la perspectiva del amor, que requiere tener el corazón abierto de par en par para recibir

a Jesús, pues Él solamente habita en nosotros si nosotros lo dejamos entrar. Dios nos habla a través de cada momento de nuestra vida. En cada obra, en cada situación que nos encontremos está Dios, sea buena o sea mala, pero está en nosotros la actitud con la que la afrontamos. Puede ser que nos encontremos con los lentes de sol o en un camino nublado, y no veamos claramente la acción de Dios. Que en estos días que quedan de Cuaresma, en esta Semana Santa, en esta Pascua, durante toda nuestra vida, busquemos y pidamos a Dios la gracia de estar atento a sus obras, de poder distinguir su actuar en cada instante de nuestra vida.

Oración final

Yo te amo, Señor; tú eres mi fortaleza;
Señor, mi roca, mi alcázar, mi libertador.
Dios mío, peña mía, refugio mío, escudo mío,
mi fuerza salvadora, mi baluarte. (Sal 17)

SÁBADO, 23 DE MARZO DE 2024

«Preferir la tranquilidad a Dios»

Oración introductoria

Creo Señor que estás presente escuchándome, abrazándome, amándome. Tu deseo de estar conmigo es mucho más grande que el mío por estar contigo, por eso te pido que seas Tú el protagonista de este momento de oración, y me des lo que hoy más necesito para estar más cerca ti.

Petición

Dios mío, derrama tu paz en todas mis relaciones con otras personas, para que reine el amor y nunca el rencor.

Lectura de la profecía de Ezequiel (Ez. 37, 21-28)

Esto dice el Señor Dios: «Recogeré a los hijos de Israel de entre las naciones adonde han ido, los reuniré de todas partes para llevarlos a su tierra. Los haré una sola nación en mi tierra, en los montes de Israel. Un solo rey reinará sobre todos ellos. Ya no serán dos naciones ni volverán a dividirse en dos reinos. No volverán a contaminarse con sus ídolos, sus acciones detestables y todas sus transgresiones. Los liberaré de los lugares donde habitaban y en los cuales pecaron. Los purificaré: ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios. Mi siervo David será su rey, el único pastor de todos ellos. Caminarán según mis preceptos, cumplirán mis prescripciones y las pondrán en práctica. Habitarán en la tierra que yo di a mi siervo Jacob, en la que habitaron sus padres: allí habitaran ellos, sus hijos y los hijos de sus hijos para siempre, y mi siervo David será su príncipe para siempre. Haré con ellos una alianza de paz, una alianza eterna. Los estableceré, los multiplicaré y pondré entre ellos mi santuario para siempre; tendré mi morada junto a ellos, yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Y reconocerán las naciones que yo soy el Señor que consagra a Israel, cuando esté mi santuario en medio de ellos para siempre».

Salmo (Jer 31, 10. 11-12ab. 13)

El Señor nos guardará como un pastor a su rebaño.

Escuchad, pueblos, la palabra del Señor, anunciadla en las islas remotas: «El que dispersó a Israel lo reunirá, lo guardará como un pastor a su rebaño. R.

Porque el Señor redimió a Jacob, lo rescató de una mano más fuerte». Vendrán con aclamaciones a la altura de Sión, afluirán hacia los bienes del Señor. R.

Entonces se alegrará la doncella en la danza, gozarán los jóvenes y los viejos; convertiré su tristeza en gozo, los alegraré y aliviaré sus penas. R.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn. 11, 45-57)

En aquel tiempo, muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él. Pero algunos acudieron a los fariseos y les contaron lo que había hecho Jesús. Los sumos sacerdotes y los fariseos convocaron el Sanedrín y dijeron: «¿Qué hacemos? Este hombre hace muchos signos. Si lo dejamos seguir, todos creerán en él, y vendrán los romanos y nos destruirán el lugar santo y la nación». Uno de ellos, Caifás, que era sumo sacerdote aquel año, les dijo: «Vosotros no entendéis ni palabra; no comprendéis que os conviene que uno muera por el pueblo, y que no perezca la nación entera». Esto no lo dijo por propio impulso, sino que, por ser sumo sacerdote aquel año, habló proféticamente, anunciando que Jesús iba a morir por la nación; y no sólo por la nación, sino también para reunir a los hijos de Dios dispersos. Y aquel día decidieron darle muerte. Por eso Jesús ya no andaba públicamente entre los judíos, sino que se retiró a la región vecina al desierto, a una

ciudad llamada Efraín, y pasaba allí el tiempo con los discípulos. Se acercaba la Pascua de los judíos, y muchos de aquella región subían a Jerusalén, antes de la Pascua, para purificarse. Buscaban a Jesús y, estando en el templo, se preguntaban: «¿Qué os parece? ¿Vendrá a la fiesta?». Los sumos sacerdotes y fariseos habían mandado que el que se enterase de dónde estaba les avisara para prenderlo.

Releemos el evangelio

San Roberto Belarmino (1542-1621)

jesuita, obispo de Capua, doctor de la Iglesia

Subida del alma hacia Dios.

"A partir de entonces, decidieron darle muerte"

Señor, queremos devolverte amor por amor; y si el deseo de seguirte no procede todavía del Señor, todo esto que tú nos enseñas puede parecernos muy difícil, demasiado pesado, si tu hubieras hablado desde otra tribuna; pero desde que nos enseñas más por el ejemplo que por palabra, Tú que eres "Señor y Maestro" (Jn 13,14), ¿cómo nos atreveremos a decir lo contrario, nosotros que somos los siervos y los aprendices? Lo que dices es perfectamente cierto, lo que ordenas perfectamente justo. Esta Cruz desde donde hablas da testimonio. Esta sangre fluyendo también da testimonio; gritó con todas sus fuerzas (Gn 4.10). Y, finalmente, incluso la muerte: si ha podido rasgar el velo del templo a distancia y la separación de las piedras más consistentes (Mt 27,51), ¿qué no hará por ella misma y más aún por el corazón de los creyentes?...

Señor, queremos devolverte amor por amor; y si el deseo de seguirte no procede todavía de nuestro amor por ti, porque es muy débil, por lo menos que nuestro amor provenga de tu amor. Si nos atraes hacia ti, "nosotros correremos tras el olor de tus perfumes" (Ct 1,4 LXX): Nosotros no deseamos solamente amarte, te seguimos, y

estamos decididos a despreciar este mundo puesto que vemos que Tú, nuestro líder, no te has dejado capturar por los placeres de esta vida. Te hemos visto enfrentar la muerte, no en una cama, sino sobre el madero de ajusticiado; y aunque eres rey, no quisiste tener otro trono que este patíbulo... Atraídos por tu ejemplo de rey sabio, rechazamos la llamada de este mundo y sus lujos, y tomando tu cruz sobre nuestros hombros, proponemos seguirte, sólo a Ti...

Danos la ayuda necesaria; Haz que seamos lo suficientemente fuertes para seguirte.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Debemos preguntarnos: ¿cuál es la actitud de los cristianos? ¿Son mansos, humildes? ¿En esa comunidad hay luchas entre ellos por el poder, conflictos por la envidia? ¿Se critica? Entonces no van por la senda de Jesucristo. La paz en una comunidad, en efecto, es una peculiaridad muy importante. Tan importante porque el demonio trata de dividirnos, siempre. Es el padre de la división; con la envidia, divide. Jesús nos hace ver este camino, el camino de la paz entre nosotros, del amor entre nosotros». (S.S. Francisco, *Homilía del 29 de abril de 2014*).

Meditación

Hay una tentación curiosa en nuestro interior cuando nos acercamos a Dios o experimentamos de algún modo su presencia e interés de actuar en nuestra vida: el miedo a que nos saque de nuestro *estatus quo*, es decir, de la estabilidad de la vida que llevamos, aunque pudiera ser que sea una vida mediocre o sosa.

Este es el mismo miedo que tienen los fariseos. Ellos no están interesados en saber la verdad sobre Jesús ¿Será realmente un enviado

por Dios? ¿Será realmente, como él dice, el Hijo de Dios, el Mesías, el Esperado? Su preocupación por Jesús es más bien el miedo que tienen a que Jesús ponga en peligro su estilo de vida estable, a que les obligue a cambiar, a salir de sus rutinas vacías, de su injusta posición de poder.

El Señor, cuando entra en nuestras vidas viene a “traer fuego”, a acabar con aquello que nos desangra y nos hace vivir sin ardor. Viene a sacarnos de nuestros esquemas, viene a traer la novedad del Evangelio, un nuevo modo de ver y vivir en el mundo, que requiere siempre un esfuerzo constante de nuestra parte para acoger su gracia y los valores del Evangelio.

Podemos dedicar este momento de oración a decir a Jesús si estamos dispuestos o no a que Él nos saque de nuestros esquemas de vida que nos hacen vivir quizá muy cómodamente, pero sin intensidad. Podemos darle nuestras razones y esperar su respuesta.

Oración final

Pues tú eres mi esperanza,
Señor, mi confianza desde joven,
Yahvé. En ti busco apoyo desde el vientre,
eres mi fuerza desde el seno materno.
¡A ti dirijo siempre mi alabanza! (Sal 71,5-6)